

Gail vertió *vapeurs*, y se vió obligado á hacer, para autorizar su traducción, un discurso de meteorología muy poco satisfactorio.

XX.

LA TANTÁLIDE. Níobe, hija de Tántalo. Casó con Anfión, rey de Tebas, de quien tuvo muchos hijos. Orgullosa de su prole, despreció á Latona. Apolo y Diana, en venganza, mataron en un mismo día á todos los hijos de Níobe y la transformaron en piedra. A este hecho se refiere el bellissimo epigrama, traducido por Martínez de la Rosa:

Por la celeste venganza
Quedé en mármol convertida;
Pero el arte á tanto alcanza
Que en el mármol me da vida.

FILOMENA. Véase lo que decimos en la nota á la oda XII.

Y DE TU SENO CINTA. *Ταυτή* designa una faja estrecha ó cinta con que las mujeres griegas se ceñían el cuerpo debajo de los pechos para sostenerlos. Es el *strophium* de los Latinos:

Non tereti strophio vincta papillas.
(Catulo, carm. 64).

XXVII.

En esta oda se halla condensada, por decirlo así, toda la filosofía anacreóntica. Por eso, sin duda, Fontenelle la elige para el diálogo del cantor Teyo y Aristóteles, en el cual tapa aquél muy graciosamente la boca al filósofo Estagirita con esta pequeña canción.

Meléndeiz la imitó en la sexta Anacreóntica:

¿Para qué el afán necio
De enriquecerme á costa
De la salud y el sueño?
Si más gozosa vida
Me diera á mí el dinero,
O con él las virtudes
Encerrara en mi pecho,
Buscáralo ¡ay! entonces
Con hidrópico anhelo;
Pero si esto no puede,
Para nada le quiero.

XXVIII.

ARTE RODIO. En Rodas, capital de la isla de este nombre, la mayor de las Espóradas, situado frente á uno de los promontorios de la Dórida, florecieron extraordinariamente las artes plásticas, por lo cual, sin duda, llama el autor de esta oda á

la pintura *arte rodio*. Píndaro (*Olimpica* vii) nos dice el origen mitológico de esta excelencia de los Rodios en las bellas artes:

Concede á los de Rodas
La Diosa de ojo azul tal maestría,
Que ninguno en el mundo
Las bellas obras remedar podría
De su cincel fecundo.
Se vieron en sus calles esculturas
Que vivas creaturas
El extraño creyera.
(Trad. de D. Ignacio Montes de Oca).

LA CERA. No se trata de una estatua de cera, sino de una pintura al encauste, hecha con cera colorida y liquidada. Castillo y Ayensa (*Anacreonte*, etc., pág. 227) trae un docto comentario sobre la pintura encáustica, refutando la opinión de M. Levesque (*Dictionn. des Arts de Watelet, Encaustique*), que duda de la autenticidad de esta oda.

BRILLANTE CABELLO. Entiendo que el color πορφύρεος (purpúreo) debe traducirse aquí *brillante* y no *violado*, como Canga-Argüelles. Pues entre las varias acepciones de dicha palabra se halla la de designar todo color muy vivo, incluso el blanco. De otra suerte resultarían ridículos ó ininteligibles muchos pasajes de los clásicos. ¿A qué vendría, para citar un solo ejemplo, llamar *violadas* las ondas del lago donde Roepán halla mísera muerte en la Batracomiomaquia? Huelga por lo mismo el

docto comentario de Mad. Dacier sobre este punto, probando que πορφύρεος puede significar negro, para salvar la evidente contradicción en que de otra suerte incurriría el poeta al hablar de los cabellos de su amada.

EL ENTRECEJO. Sólo Teócrito elogia (*Idilio* viii) á una beldad cejijunta. En general, dice Winckelmann (*Monum. inéd. de l'antiq.*, 80), se reputaban más bellas las cejas separadas. Por eso los escultores corrigieron en estatuas y monedas el defecto de Augusto, que las tenía muy juntas. Los Arabes modernos, dice Laroque, son del mismo gusto que Teócrito.

TIERNOS, COMO LOS DE VENUS. Los ojos de Venus son generalmente más pequeños que los de otras figuras, y tienen el párpado inferior un poco elevado, inspirando aquel vivo deseo llamado por los Griegos ὑγρον (húmedo), que traducimos *tierno*. Si fuera poética, ninguna palabra más expresiva que *gachones*, que trae Castillo en la versión en prosa.

VERDES, COMO LOS DE PALAS. Minerva lleva frecuentemente en la *Iliada* el epíteto γλαυκῶπις, ojos de lechuza; y como éstos son verdes, hemos traducido *verdes*, y no *cerúleos* ni *brillantes*, como otros quieren, el adjetivo γλαυκόν del original. Además no comprendemos el escrúpulo de los que temen afeár á Minerva dándole ojos de aquel color, cuya apología ha hecho Bécquer en una preciosísima leyenda.

BAJO LA LINDA BARBA. Castillo y Canga-Argüelles, al traducir ἔσω γενείου el hoyuelo de la barba,

se apartan del ideal de los Griegos, que nunca consideraron tal hoyuelo, llamado por Varrón «huella delicada del dedo de Cupido», como verdadero atributo de la belleza; pues aparte de que no existe en la inmensa mayoría de los rostros, se opone al óvalo perfecto, estimado como la suma perfección de la fisonomía humana. Quevedo tradujo literalmente *dentro de la barbilla*, y nosotros creemos que el ἔσω (interior) quiere designar la parte inferior de la barba, cuya belleza no debía pasar desapercibida en el análisis de la hermosura retratada.

PEPLO. Manto de mujer muy grande y de anchos pliegues, de tela fina y ligera, que podía cubrir la cabeza, el rostro y las manos.

XXIX.

CON SUS DOS ARCOS NEGROS. Literalmente: ceja más oscura que los dragones ὄφρυς=κυκλωτέρη δραχόντων; palabras que sirvieron para un comentario digno de citarse por lo alambicadísimo y sutil. «Descalzo el un pie, fué á hurtar el Rey el vellocino que guardaban dragones, y así pudo, teniendo por tesoro la hermosura de los ojos de Batilo para Polícrates, mandarle poner por cejas dos dragones que se los guardasen.» Cuán lejos se halla esto de la sencillez anacreónica, no hay para qué decirlo. El nombre del dragón figura aquí sin otro misterio que el de expresar el negro profundísimo de las cejas del muchacho.

EL VELLO DEL ALBÉRCHIGO. El original dice

μηλον, manzana ó fruta en general, y la mayor parte de los intérpretes entienden que se refiere al membrillo. Castillo prefiere albérchigo, aun cometiendo una pequeña infidelidad, y yo le sigo por ser mucho más bella y poética esta expresión.

ADONIS. Joven hermosísimo nacido de la unión incestuosa de Ciniro y Mirra, muy querido de Venus. Marte, celoso, recurrió á Diana para que le diese muerte, y esta diosa lo hizo lanzando contra él un jabalí, que le destrozó un muslo cuando cazaba en el Líbano. Fué muy celebrado por los poetas. Bión tiene en su honor una sentidísima canción fúnebre; Teócrito le dedicó también una anacreónica, mil veces traducida, y describió sus fiestas en el bellissimo idilio *Las Siracusanas*.

EL VIENTRE COMO BACO. Es decir, tal como conviene á un dios que goza de una juventud y de una belleza inmortales. No el vientre abultado, que debe suponerse en una persona dada á la bebida, como la representada por Velázquez en su célebre cuadro *Los borrachos*.

DE HERMES MANOS Y PECHO. Hermes es el nombre griego de Mercurio. Al dar á Batilo las manos y el pecho como este dios, puede el autor significar que tiene dos condiciones para ser orador perfecto. Los escultores antiguos se esmeraron en las manos de Mercurio. Winckelmann dice no haber visto mano más bella que la de un Mercurio que abraza á una ninfa (*Monum. inéd. de l'Antiq.*, página 89). El pecho de Batilo sería lleno y elevado, pues tal era el ideal griego para las estatuas de hombres.

PÓLUX. Hijo de Júpiter y de Leda, uno de los Dioscuros. Se le concedió la inmortalidad, que compartía con su hermano Cástor, pasando alternativamente seis meses en el Olimpo y seis en el Tártaro. En el cielo formaban la constelación Géminis, uno de los signos del Zodiaco.

SAMOS. Una de las islas jónicas, donde Polícrates, protector de Anacreonte, tenía la capital de sus Estados. En ella había un templo dedicado á Apolo, lo cual explica las últimas palabras que el poeta dirige al pintor.

XXXI.

ALCMEÓN. Hijo de Anfiarao, célebre adivino, y de Erifile, hermana de Adrasto, uno de los siete contra Tebas. Anfiarao había previsto su muerte en el sitio de esta ciudad y se ocultó cuidadosamente; pero fué delatado por su mujer, seducida por un collar que le regaló Polinices. En venganza dió á Alceón orden de matar á su madre, y fué obedecido: Alcmeón se purificó del horrendo crimen con algunas expiaciones decretadas por el oráculo de Delfos.

ORESTES. Hijo de Agamenón y de Clitemnestra. Mató á su madre para vengar el asesinato de su padre. Perseguido por las Furias, se refugió en Delfos, y fué al fin absuelto por Minerva y el Areópago de Atenas.

HÉRCULES. Dió muerte á Ifito, apoderándose de su arco y de su aljaba.

AYAX. Hijo de Telamón y de Hesione, y el más valiente de los capitanes griegos de la guerra de Troya, después de Aquiles. Peleó con Héctor un día entero, sin que la victoria se inclinase á ninguno de los contendientes. Al terminar el día se hicieron mutuos regalos. Ajax dió á Héctor su tahalí y éste á su enemigo la espada (*Iliada*, vi, 182 y siguientes). El escudo de Ajax era grandísimo, pues se componía de siete pieles de buey enteras, superpuestas (*Iliada*, vii, 299).

HÉCTOR. Hijo de Príamo, rey de Troya, y de Hécuba. Defensor principal de Troya. Murió á manos de Aquiles, vengador de Patroclo. Su muerte acarreó la destrucción de Troya (*Iliada*, *passim*.).

XXXII.

CORINTO. Ciudad en el istmo de su nombre. Sus mujeres eran famosas por su hermosura y licenciosas costumbres. Estrabón (lib. viii) dice que siempre había en el templo de Venus más de mil cortesanas. Sabido es cuán caros vendían sus favores, de donde vino el proverbio:

Non cuivis homini contingit adire Corinthum.

ACAYA. Provincia del Peloponeso, que se extendía á la orilla del golfo de Patras.

LESBOS. Isla del mar Egeo, frente á la Eólida. Su capital, Mitilene, fué patria de Alceo y Safo. La moral de sus habitantes era tan flexible, dice

Aristóteles (*Mor.*, lib. v, cap. xiv), que se doblegaba á las circunstancias con la misma facilidad que las reglas de plomo de sus arquitectos.

CARIA. Provincia del Asia Menor, limítrofe de la Lidia. Su principal ciudad era Halicarnaso, patria de Herodoto.

JONIA. Provincia del Asia Menor, poblada por una de las colonias griegas de Europa. Se cree que Homero vió la luz en esta región.

CANOPO. Ciudad de Egipto, á 120 estadios de Alejandría.

CRETA. Grande isla en el mar de su nombre, frente de las Cícladas. Su fertilidad y su población eran extraordinarias. En tiempo de Homero (*Odissea*, II, 649) ya tenía cien ciudades.

GADES. Hoy Cádiz. Es discutible si el poeta se refiere realmente á Cádiz, lo cual honraría con justicia á las beldades gaditanas, ó si se refiere á Gadora, hoy Antioquía, en Siria; en cuyo caso habría que leer Γάδορα en vez de Γάδερα.

LOS INDIOS Y BACTRIOS. Al citar Anacreonte, si es de él esta oda, amores de la India y de la Bactriana, á donde no pudo ir, demuestra su intención de pintar su idiosincrasia amorosa, más bien que de hacer una enumeración de sus conquistas.

XXXIII.

DEL NILO HACIA LA ORILLA. Dice Plinio (lib. x, 33), no sé si con su poco de hipérbole, que la multitud de nidos de golondrinas en las orillas del Nilo

formaba á veces un dique bastante fuerte para contener el desbordamiento de las aguas.

MENFIS. Antigua capital de Egipto, situada en el Egipto medio.

XXXV.

En esta oda parece hablar el poeta delante de un cuadro que representa el *Robo de Europa*. Sabido es que Júpiter, enamorado de esta Princesa, se transformó en toro y la llevó por el mar hasta el continente europeo, al cual dió su nombre. Dió asunto esta fábula á muchas obras poéticas. Mosco aludió graciosamente á ella en su idilio ix, ó más bien epigrama, cuya traducción es como sigue:

El Amor engañoso
deja el arco y la antorcha,
coge la alforja rústica
y la ahijada tosca;
dos toros obedientes
bajo el yugo coloca,
y ara y siembra los sulcos
de Ceres abundosa.
Luego, mirando á Júpiter,
así audaz le apostrofa:
—¡Fertiliza estos campos,
ó te unzo, buey de Europa!

XXXVIII.

MI CETRO ES UN PELLEJO. En las fiestas de Baco (dice Gail) se llevaba en la mano una caña, de donde vino el proverbio: *Muchos llevan la caña, pero pocos están llenos del espíritu de Baco*. En estas fiestas, llamadas *ascolias* (de ἀσκός, odre), se ponía un pellejo de macho cabrío inflado y untado de aceite, y el que disputaba el premio debía mantenerse en pie sobre él hasta apurar un vaso. Si lo concluía sin resbalar, recibía un odre lleno de vino. A tal costumbre parece referirse Anacreonte en esta oda.

SI QUIERE Y REÑIREMOS. Esta lucha se comprende que ha de ser á beber, y no á verdaderos golpes, como han entendido algunos intérpretes, entre ellos Lafosse y Longepierre.

SILENO. Maestro y tutor de Baco, á quien siguió por todas partes, especialmente á la conquista de la India. A su regreso se estableció en la Arcadia, donde era la delicia de los pastores con sus chistes y donaires. En honor de su discípulo, estaba casi siempre embriagado.

XL.

El idilio XIX de Teócrito es muy parecido á esta anacreóntica.

Véase la traducción de D. Ignacio Montes de Oca:

Punza una abeja á Amor, que sin recelo
Roba procaz la miel de los panales.
Grita Cupido, y quiere de sus males,
Soplándose la mano, hallar consuelo.

Salta, y batiendo con los pies el suelo,
Refúgiase en los brazos maternos,
Diciendo:—Ve qué llagas tan fatales
Deja un animalillo pequeñuelo.

—¿Por qué lloras, mi Amor? ¿No te asemejas
(Con risa celestial clama Citeres)
Tú también á las pérfidas abejas?

Pequeñuelo, ¡oh rapaz! cual ellas eres;
Pero ¡qué llagas tan fatales dejas
Con tu temido arpón siempre que hieres!

La anacreóntica es indudablemente más delicada que el idilio, por lo cual se supone imitación mejorada de Teócrito (M. L. Renier, *Idylles Choisies de Théocrite*, pág. 216), y por consiguiente, obra de un lírico muy posterior á Anacreonte, si no es que expliquemos las diferencias entre uno y otro poema por las que deben existir entre la poesía lírica y bucólica, como quiere el elegante traductor citado en un comentario discretísimo (V. *Poetas Bucólicos Griegos*, trad. en verso cast., pág. 378).

SI SU LICOR. Castillo y Ayensa deja de traducir los cuatro versos del original, correspondientes á los de esta estrofa, por creer que «no pertenecen á la oda, sino que han entrado en ella de mogollón, llevados por algún grecizante de mal gusto.» Pero, aparte de que no basta para considerar apócrifos en cualquiera composición los versos que desdigan

de los demás y les sean de inferior mérito, creemos que la repugnancia de Castillo á darles carta de naturaleza en su versión estriba principalmente en haber entendido *κερασθῆν*, *cosa de cuerno*, y no *mezclado*, de *κεράνωμι* (yo mezclo), que es su verdadera significación. La frase *huir el dolor en alas de los vientos borrascosos*, está justificada por otra idéntica de la oda xxxix, y la de Horacio (lib. 1, oda 26):

.....Tristiam et metus
Tradam protervis in mare Creticum
Portare ventis.

XLII.

AZUL JACINTO. El jacinto se mezclaba con otras flores para formar las coronas á que tan aficionados eran los Griegos. Así lo dice Teócrito (*Idilio* x, 28-29):

Es la violeta oscura,
Y al jacinto matiza negra sombra;
Mas luce su hermosura
En la florida alfombra,
Y en las guirnaldas su primor asombra.
(Trad. de Montes de Oca).

Bien conocidas son las tradiciones poéticas de esta graciosa flor para que haya necesidad de recordarla. No sé si el citarla el autor de esta oda

será en consideración á la fábula, según la cual, después de la transformación de Jacinto, Apolo había escrito en la corola de la flor la sílaba *Ai!*

Ipse suos gemitus foliis inscribit, et AI, AI
Flos habet inscriptum.

(Ovidio, *Metam.*, x, 215.)

EVITO EL DARDO ARTERO. Collombet hace notar la semejanza de esta frase de la Anacreóntica con la metáfora tan frecuente en los Salmos de David, y especialmente en el lvi (ver. 5), donde se dice: «Filiis hominum dentes eorum arma et sagitta, et lingua eorum gladius acutus.»

XLIII.

Los Griegos tenían en singular veneración á la cigarra, sin duda por ser este animalito autóctono como ellos, y por tanto hermano suyo, si no carnal, terrestre. Los Atenienses adornaban con cigarras de oro su tocado; tradición poética que aun dura en la poesía catalana. Testigo el bellissimo romance de mi particular amigo D. Joaquín Rubió y Ors, *¿Perqué ploras, trovador?*

¿Por qué lloras, trovador,
El del birrete de grana,
El del arpa de marfil,
Y la cigarra de plata?

EN LA COPA DE UN ARBOL. Homero (*Iliada*, III, 256) coloca también las cigarras en los árboles:

♣ Parecidos

A las cigarras que en la selva umbría,
Posadas en los árboles esparcen
La penetrante voz.

(Trad. de Hermosilla.)

DE ROCÍO ABREVADA. Creían los antiguos que la cigarra se alimentaba solamente de rocío. Dice Virgilio (*Egl.* v, ver. 77):

Dumque thymo pascentur apes, dum rore cicadæ.

Teócrito (*Idil.* IV, 16):

¿Vive, cual la cigarra, del rocío?

Y Esopo, en una fábula que se le atribuye:

Un asno oyó cantar á las cigarras,
Y de su buena voz quedó prendado.
—¿El qué coméis, les preguntó envidioso,
Para tener tan agradable canto?
—Sólo rocío, contestaron ellas.—
Y el asno, con artístico entusiasmo,
—Sólo rocío comeré,—se dijo.
Y al cabo de ocho días lo enterraron.

COMO UN REY. Es de advertir que el nombre de la cigarra es masculino en griego. La expresión

como un rey, vale tanto como primorosamente, pues para los Griegos era, por punto general, muy agradable la voz de la cigarra, que á nosotros nos suena tan desapaciblemente. La Antología está llena de epigramas con alusiones á la dulzura del canto de aquel insecto; Eliano (*Historia de los Animales*, XII) asegura formalmente que «los que maltratan á las cigarras, ofenden á las Musas, hijas de Júpiter: Aristófanes (*La Paz*, 1160) dice: «Mientras la cigarra entona su dulce cantilena.» Ya en los poetas latinos no gozan de igual prestigio. Virgilio las llama roncás (*Egl.* II):

At mecum rancis dum tua vestigia lustró,
Sole sub ardenti, strepítant arbusta cicadís.

Lo mismo hace Calpurnio (*Egl.* VIII, 2):

Et raucis resonant tua rura cicadís.

EL TE DIÓ VOZ SONORA. Este don es una consecuencia del amor de las Musas. Lo dice Hesiodo (*Theogonía*, 96-97):

Feliz aquel á quien las Musas aman:
Suave la voz de su garganta fluye.

TÚ DE LA VEJEZ, etc. Alusión á la fábula de Titón, marido de la Aurora, que habiendo conseguido la inmortalidad sin el don de la juventud, fué transformado en cigarra cuando llegó á una extremada vejez.

TERRÍGENA. Es decir, hija de la Tierra y *autóctona*, como los Atenenses, según hemos hecho notar antes.

SIN CARNES, etc. Los Dioses, según las creencias griegas, carecían de sangre. Homero (*Ilíada*, v), hablando de la herida de Venus, dice:

Y hasta el suelo
Corrió la sangre blanquecina y pura,
Ícor llamada; que los altos Dioses,
Como ni en sus comidas se alimentan
De pan, ni beben el purpúreo vino,
Roja sangre no tienen, ni á la muerte
Están sujetos.

(Traducción de Hermosilla.)

XLV.

EL MARIDO DE CIPRIS. Vulcano, hijo de Júpiter y de Juno. Nació tan feo y contrahecho, que su padre le arrojó del cielo. Cayó en la isla de Lemnos, donde estableció la famosa herrería en que forjaba los rayos de Júpiter y las flechas de Cupido. Tenía otras en las de Lipari y Sicilia. Las erupciones del Etna y sus fragores subterráneos se atribuían á los trabajos de este dios y de los Cíclopes, sus oficiales. Casado con Venus, fué víctima de las infidelidades de su esposa. Sabido es cómo se valió en una ocasión de las maravillas de su arte para castigarlas (*Odisea*, ix, 267-359).

LEMNOS. Isla del mar Egeo.

XLVI.

Quevedo dice que Anacreonte imitó en esta oda á Focílides, en la inteligencia de que el poema gnómico que se le atribuye le pertenece realmente. Para comprobarlo, cita su traducción de la *Doctrina de Phocílides*, versos 43 y siguientes:

Es de todos los vicios la avaricia
La madre universal; la plata y oro
Son un precioso engaño de la gente.
¡Oh oro, causa de los males todos,
Enemigo encubierto de la vida,
Cuya fuerza y poder lo vence todo!
¡Ojalá que no fueras á los hombres
Apetecible daño! Por tí el mundo
Padece riñas, guerras, robos, muertes;
Por tí, viendo que el hijo por herencia
Desea la muerte al padre, viene el hijo
A ser aborrecido de su padre;
Por tí no tienen paz deudos ni hermanos.

XLVII.

Esta composición, que en el original sólo tiene cuatro versos, parece fragmento de otra más extensa. Si no es de Anacreonte, como sostiene Brunck, está muy conforme con su manera de pensar y de escribir.

Plauto (*Miles gloriosus*, acto III, esc. 1.^a) tradujo los dos últimos versos, haciendo decir á Palestrión:

Si albus capillus hic videtur, neutiquam ingenio est senex.

XLVIII Y XLIX.

Estas dos odas no se encuentran en muchas ediciones de la colección anacreóntica. Bergk (*Anthol. lyr.*, Lipsiæ, 1868, xx, 2, pág. 414) las trae, atribuyéndolas á Basilio. Su mérito es, por otra parte, escasísimo ó nulo.

L.

La descripción que en esta oda se hace de la vendimia, está conforme con los preceptos de Hesiodo (*Los trabajos y los días*, II, págs. 233 y siguientes) á Persa. Castillo y Ayensa los traducen así:

Quando el triste Orión y Sirio ardiente
Hayan llegado á la mitad del cielo
Y mire Arcturo á la rosada Aurora,
Entonce, oh Persa, los racimos todos
Coge y cercanos al lagar los tiende.
Del Sol expuestos á los rayos sean

Diez días, y diez noches al sereno;
Y estén luego á la sombra cinco días;
Al sexto saca del alegre Baco
El don precioso, y los toneles llena.

LIII.

CUAL LA LUZ. Seguimos para traducir así la felicísima corrección de Brunck, que leyó $\omega\varsigma\ \tau\omicron\ \varphi\acute{\omega}\varsigma$ el $\omega\sigma\sigma\omicron\varphi\varphi$, que sin duda por error material del copiante traía el manuscrito original.

No dejan de ser ingeniosas y aceptables las lecciones propuestas por otros helenistas, tales como $\tau\omicron\ \sigma\omicron\varphi\varphi$ (al poeta); $\alpha\sigma\acute{\omicron}\varphi\varphi$ (al necio), en contraposición al $\tau\omicron\ \sigma\omicron\varphi\acute{\omega}\nu$ que viene después; $\omega\varsigma\ \sigma\omicron\varphi\acute{\omega}\varphi$ (como agrada al poeta); $\tau\acute{\omega}\ \psi\acute{\omicron}\varphi\varphi$ (con el estallido, aludiendo á la costumbre de hacer estallar, recogióndola, la hoja de la rosa).

VERSO 25. Bergk (ed. cit., pág. 433) divide esta oda en dos. La segunda sección principia en el verso 19, correspondiente á los de esta estrofa.

RÓSEA LOS VATES LLAMAN. El epíteto róseo ó rosado es frecuentísimo en los poetas griegos, y sería tarea fácil demostrarlo con multitud de citas. También hizo fortuna entre los latinos. Recuérdese, entre mil, el *cervice refulsit rosea*, de Virgilio (*Eneid*, I, 400).

LV.

LAS ANCAS DE LOS POTROS. Los Griegos marcaban los caballos de buena raza, como todavía se acostumbra. Unos eran señalados con la figura de un faisán ó de un mono; otros con varios signos numéricos que indicaban su valor, como un *coppa*, que vale 90, ó un *san* ó *sampi*, nombre de la letra *sigma* en el dialecto dorio. El caballo recibía á veces su nombre de estos signos; así los había *πιθηκοφόροι*, *σαμφοροι*, *κοππατιου* (con marca de un *mono*, de una *sigma*, de un *coppa*, respectivamente). Creen algunos que el célebre caballo de Alejandro se llamaba Bucéfalo porque tenía una cabeza de buey.

LVII.

CUAL LOS ESCITAS. Los Escitas tenían fama de grandes bebedores. Los Espartanos (*Herodoto*, vi, 84) atribuyeron la locura de Cleómenes á la afición á la bebida, adquirida en su trato con aquel pueblo.

LIX.

Esta composición es un himno á Diana que, con el nombre de Artemis Leucofrina, era adorada en Magnesia, reedificada después de su destrucción á orillas del Meandro ó del Leteo.

LXI.

Horacio desarrolló el bello símil de este fragmento en la lindísima oda xxii del libro i:

Huyes de mí, dulce Cloe,
Semejante al cervatillo
Que busca á su madre tímida
Por los escabrosos riscos.
Asústale de los vientos
Y de la selva los ruidos,
O las vides, cuando agitan
Sus pámpanos movedizos.
Y si los verdes lagartos
Corren entre los espinos,
Tiemblan sus delgadas piernas
Y su pecho estremecido.

.....

LXVIII.

UN CIPRÉS ROBUSTO CREZCA EN TU HUERTO. Esta expresión es metafórica. Para su cabal inteligencia, vayan algunos extractos del comentario de Pauw (*Anacr. Ode*, Trajecti ad Rhenum, 1732, pág. 295), que dejaremos en latín por ser asunto un tanto escabroso. «De lecto conjugali sermo est in præcedenti versiculo: Quem cum protinus hicce excipiat, credo κήπον non propie sed figurate acci-